



DESPOBLACION DE MEDIA ESPANA

El «tirón» de Europa



Por JUSTO DE LA CUEVA ALONSO

SANGRE, SUDOR Y LAGRIMAS

ESTE país, nuestra España, está protagonizando un proceso acelerado de crecimiento económico. El proceso de cambio económico es un hecho cierto y que entra por los ojos. Nuestro crecimiento, el de nuestra economía, ha sido tal que, en la década de los sesenta, parece ser que en ese club de países ricos que es la OCDE, dentro del conjunto mundial de naciones, sólo Japón ha superado nuestro ritmo. El decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Autónoma, don José Ramón Lasúen, declaraba hace unas semanas al diario «Informaciones» que un estudio por él dirigido había permitido estimar para el año 1970 la renta «per cápita» española entre 1.200 y 1.250 dólares por habitante y año. Bastante más alta que la estimación oficial. Y recordaba que a España le correspondería el octavo o noveno puesto mundial por el volumen de su producto nacional bruto. Las noticias de esta índole proliferan en nuestros medios informativos y no pasa día sin que Televisión Española nos recuerde a bombo y platillo lo mucho que crece nuestra economía. Hoy es que, según la cartera de pedidos, nuestra industria naval ocupa el tercer puesto mundial. Mañana, que nuestras reservas de divisas han alcanzado un nuevo nivel record (ya tenemos más de 3.300 millones de dólares). Etcétera, etcétera, etcétera.

Sucede que siendo todo eso cierto no se subraya con igual o similar insistencia que nuestro crecimiento económico se realiza y es posible gracias al tremendo esfuerzo de los españoles. Que se hace posible por la sangre, el sudor y las lágrimas de los españoles. Por la sangre vertida en los más de dos millones anuales de accidentes de trabajo que ocasionan miles de muertos y decenas de miles de inválidos al año. Por el sudor provocado por jornadas horarias excesivas, prolongadas, extenuantes. Por las lágrimas que arrancan las privaciones, las carencias de bienes y servicios, las frustraciones, las impotencias, las marginaciones y las injusticias.

No faltan, ciertamente, declaraciones solemnes del homocentrismo. Rotundas frases que proclaman «urbi et orbi» que el hombre es el centro de nuestras preocupaciones. Ni referencias a la sangre, el sudor y las lágrimas que empapan, como jugo vivificante, la planta del crecimiento económico. Pero esas referencias se hacen para indicar en seguida que, desgraciadamente, son condiciones «sine qua non» del proceso. Incluso se nos recuerdan los niños encadenados a las máquinas en las fábricas

cas al comienzo del lejano proceso de industrialización inglés o el trabajo de las «hormigas de Mao», del actual proceso chino, para expresar comparativamente nuestra mejor singladura por el áspero rumbo de la industrialización.

Sucede, sin embargo, que la sangre, el sudor y las lágrimas que cuesta el crecimiento económico son de nuestro pueblo. Y el más serio, el más tremendo de los deberes que pesan sobre la comunidad española y sobre sus dirigentes es averiguar si son realmente necesarios y, en el supuesto de que lo sean, si son reducidos al mínimo posible.

Todo análisis de nuestra realidad económico-social en el que no trascienda, al que no atravesese como trama profunda la preocupación por el coste en esfuerzo y sacrificios que nuestro pueblo está pagando por el proceso de crecimiento, supone una defraudación cometida por el que lo realiza contra quien únicamente da auténtico sentido y significado a su tarea: su pueblo.

Desde esta perspectiva se comprende que la lectura y el análisis de un tomo de 126 páginas dedicadas únicamente a recoger nombres de municipios y cifras de población sea una tarea dramática. Me refiero al «Censo de la población de España. Año 1970. Poblaciones de derecho y de hecho de los municipios». Es tónica la afirmación, usual en discursos, artículos y declaraciones, de que se quiere huir de las «frías» cifras estadísticas para aprehender por el contrario las «cálidas» y «humanas» descripciones de los problemas. Pero las «frías» cifras estadísticas son las que realmente expresan y señalan con precisión «quemantes» y «candentes» problemas humanos, si el científico o el especialista que las analiza cumple con su deber de científico y de miembro de su pueblo. Yo intentaré cumplirlo en la descripción que aquí voy a hacer del proceso de despoblación que afecta a gran parte de España durante los últimos años y que ha sido brutalmente precisado por el reciente censo de población de 1970.

DESPOBLACION Y AGLOMERACION, DOS CARAS DE UN DRAMATICO PROCESO

El crecimiento económico de España, la transformación de la estructura de la población activa con una drástica disminución de la agraria y un fuerte aumento de la industrial

DESPOBLACION DE MEDIA ESPAÑA

nos que diez años antes. Casi cinco veces la disminución que presentaba Lugo, campeona de esta dudosa competición en el decenio 1951-1960.

6. Ahora son 14 las provincias cuya disminución de la población equivale a más del 10 por 100 de la población que tenían en 1960. Y tres pasan del 20 por 100.

Un vistazo al mapa número 3 nos permite observar inmediatamente los hechos:

a) **Todas las provincias contiguas a Portugal** (excepto Pontevedra) **tienen menos población en 1970 que en 1960**. Son seis provincias, el 16 por 100 de la extensión de España, pero sólo el 7 por 100 de la población. Y han visto disminuir su población de 1960 en más de 350.000 personas.

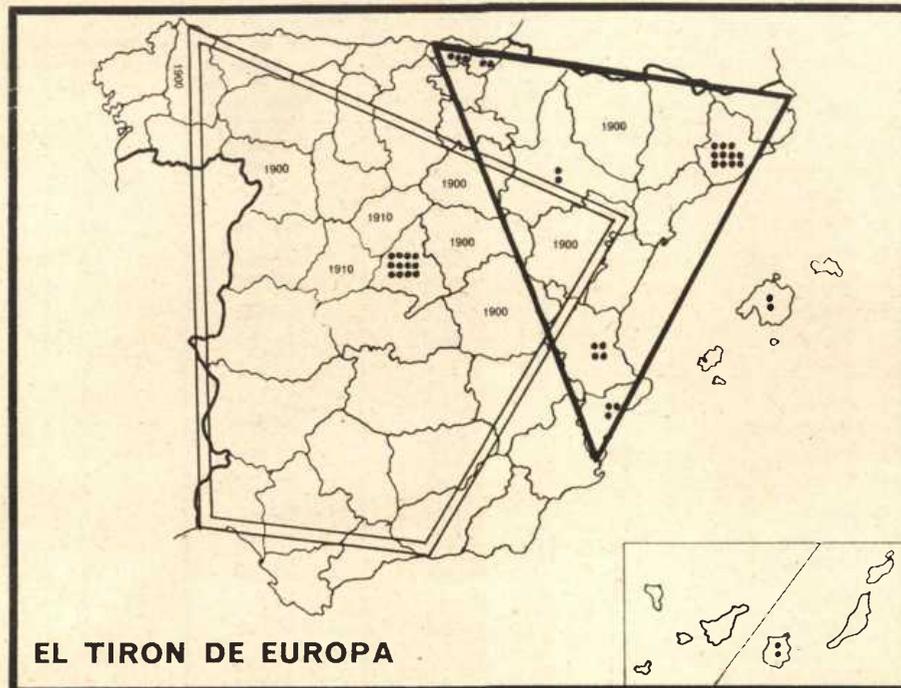
Los dos millones y medio de españoles que viven en esas provincias, más los dos millones cien mil portugueses que viven en las contiguas, suman cuatro millones y medio en la Lusitania interior. En la «bolsa» de pobreza y subdesarrollo más grande de Europa. Obsérvese el contraste del triángulo Cadaqués-Orihuela-Portugalete, con uno de sus lados adosado a Francia, y la situación de la «L» española, contigua a Portugal. Allí, 95 habitantes por kilómetro cuadrado. Aquí, 31.

b) **La «corona» que rodea a Madrid**. Las provincias de Segovia, Soria, Guadalajara, Cuenca, Toledo, Ciudad Real y Avila. Todas ellas con menos población en 1970 que en 1960. También todas ellas (excepto Ciudad Real) con menos población en 1960 que en 1950. Como las adosadas a Portugal, su disminución conjunta pasa de los 350.000 habitantes. Su población en 1970 no llega a los dos millones, representando tan sólo el 5 por 100 de la total de España, aunque suman el 17 por 100 de la extensión en kilómetros cuadrados. Su densidad ha bajado a veinte habitantes por kilómetro cuadrado.

c) **El trapezoide Alcañiz-Vivero-Ayamonte-Motril**. Si trazamos cuatro líneas que unan Alcañiz (Teruel) con Vivero (Lugo), Vivero con Ayamonte (Huelva), Ayamonte con Motril (Granada) y Motril con Alcañiz, configuraremos un trapezoide que encierra la inmensa mayoría de las provincias españolas que tienen menos población en 1970 que en 1960. Con las incrustaciones de Madrid, Valladolid y Sevilla (que aumentan) y trozos de algunas otras provincias, que también aumentan. Pero Valladolid y Sevilla, como luego veremos, pese a que tienen más población en 1970 que en 1960, son emigratorias. **El único núcleo provincial demográficamente progresivo en el trapezoide es precisamente la**

MAPA 4

- **Aumento de 100.000 habitantes o fracción en las provincias que en el periodo 1961-70 aumentaron al menos 100.000.**



provincia de Madrid. Lo significativo es que si miramos el mapa número 3 advertiremos que las provincias en las que la disminución de la población es más intensa se encuentran en el área donde se superpone el triángulo Cadaqués-Orihuela-Portugalete con el trapezoide. Véase el mapa número 4, que representa ambas figuras. Es un área que experimenta atracciones conjuntas de las ciudades de Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia y Zaragoza.

SIETE PROVINCIAS EN «DESERTIZACION»

EN 1970 TIENEN MENOS POBLACION QUE EN 1900

Es un área muy peculiar. Hay ahí cuatro provincias (Soria, Guadalajara, Cuenca y Teruel) en franco proceso de desertización. Las cuatro tienen en 1970 **menos habitantes que a principios de siglo**. Desde 1900, en estos setenta años, la población de la Península se ha casi doblado. Ha aumentado (véase cuadro 1) en más de catorce millones de habitantes. Sin embargo, cada una de estas cuatro provincias tienen en el año 1970 menos habitantes que en 1900.

En 1970 (véase cuadro 4), estas cuatro provincias suman 680.130 habitantes en 56.341 kilómetros cuadrados. Es decir, presentan una densidad de 12 habitantes por kilómetro cuadrado. A título comparativo indicaremos que Tanganika, Costa de Marfil, Liberia, Guinea y Kenia presentaban entre 10 y 13 habitantes por kilómetro cuadrado hacia 1960.

Estas cuatro provincias han visto disminuir su población conjunta en 181.083 habitantes en los diez años que estamos estudiando. El mapa número 4 nos muestra cómo el juego conjunto del «tirón» hacia el Nordeste, representado por la atracción de Bilbao, Barcelona, Valencia, más la atracción madrileña y el factor coadyuvante de la atracción del núcleo menor, pero también creciente de la ciudad de Zaragoza, están desertizando ese área. Téngase además en cuenta que la población de tres de estas provincias (Soria, Teruel y Guadalajara) ya estaba en 1960 por debajo de la de 1900.

Dentro del triángulo Cadaqués-Portugalete-Orihuela se advierte otra área (la provincia de Huesca) sometida a despoblación intensa. También con menos habitantes en 1970 y en 1960 que en 1900. También con una densidad bajísima.

En otro vértice del trapezoide encontramos a Lugo y Zamora, que ya han visto en 1970 cómo su población caía por debajo de la de setenta años antes.

Digamos por último, para insistir otra vez en la desertización, que Madrid induce en su corona de provincias, que en el mapa aparecen señaladas dos provincias (Ávila y Segovia) que en 1970 tenían una población menor que la que presenta-

ban en 1910. Ello significa que las cinco provincias que rodean a Madrid por el Oeste, el Norte y el Este tenían en 1970 menos población que sesenta años antes.

LAS PROVINCIAS, EXCLUIDAS LAS CAPITALES

Dijimos al principio que el crecimiento de la población de España no se produce de forma homogénea en todo su territorio. Y hemos estado viendo cómo de cincuenta provincias, veintisiete aumentaban su población en los diez años del período intercensal (1961-1970), mientras que otras veintitrés disminuían. Por supuesto, tampoco se produce el aumento de población homogéneamente dentro de cada provincia.

La regla es que aumenta la población de las ciudades y disminuye la de los pueblos. Todas las capitales de provincia, con la excepción de Murcia, han aumentado su población en estos años.

Por eso interesa restar de la población de cada provincia la de su capital, para ver con claridad cómo ha variado la población del resto de la provincia. El cuadro número 5 nos señala las 29 provincias en las que la población en 1970 del «resto de la provincia», una vez excluida la capital, es inferior a la que ese «resto de la provincia» tenía en 1960.

Hay que resaltar que figuran en la lista cinco de las ocho provincias interiores, que al considerarlas incluyendo a sus capitales respectivas aparecían con aumento de población en el período 1961-1970. Las provincias de Zaragoza, Valladolid, Logroño, Lérida y Sevilla, queda ahora claro que si aumentan su población es porque aumenta la de sus capitales.

Y queda ahora más nítido que la única provincia interior con aumento importante de población es Madrid. ■ J. DE LA C. A.

Ante la imposibilidad, por su extensión, de publicar íntegro en este número este estudio, en la próxima semana completaremos la publicación del trabajo. Los temas a los que se refiere esa continuación son: "El amontonamiento en las ciudades", "La explosión urbana española", "El por qué del caos urbano", "Desorganización en los dos extremos del proceso: en el campo y en las ciudades", "El horizonte inalcanzable" y "Despoblamiento en el campo, amontonamiento en las ciudades y rotundo fracaso de la acción regional del poder central".